

Eurípides, *Bacantes*. Fragmentos

CADMO. — ¡Queridísimo amigo, apenas la oí he reconocido tu voz, sabia y de hombre sabio, desde dentro de la casa! Vengo dispuesto con este hábito del dios. [180] A él, puesto que es el hijo de mi hija, a Dioniso, que se ha manifestado entre los hombres como dios, hay que ensalzarle en toda su grandeza, en cuanto nos sea posible.

¿A dónde hay que ir a danzar? ¿Dónde he de posar mi pie y agitar mi canosa cabeza? ¡Sé tú mi guía, Tiresias, un viejo de otro viejo! Ya que tú eres sabio. Porque no vaya cansarme ni de noche ni de día de golpear la tierra con el tirso.

TIRESIAS. — Sientes lo mismo que yo. También yo me encuentro joven y voy a participar en las danzas. [190]

CADMO. — Así que marchemos en carro al monte.

TIRESIAS. — No, de ese modo el dios recibiría menos honor.

CADMO. — ¿Yo, un anciano, voy a guiarte a ti, anciano, como el que guía a un niño?

TIRESIAS. — El dios nos guiará a los dos sin esfuerzo.

CADMO. — ¿Seremos los únicos de la ciudad en danzar en honor de Baco?

TIRESIAS. — Puesto que somos los únicos que pensamos bien, y el resto mal.

CADMO. — ¡Larga es la demora! ¡Cógete ya de mi mano!

TIRESIAS. — ¡Mira, agárrala y unce mi mano a la tuya!

CADMO. — No menosprecio a los dioses yo, que soy por nacimiento mortal. [200]

TIRESIAS. — Tampoco nos hacemos los sabios ante las divinidades, criticando las tradiciones de nuestros padres, que hemos heredado desde tiempo inmemorial. Ningún argumento las derribará por los suelos, por más que lo sabio resulte invención de los ingenios más elevados

¿Va a decir alguno que si no me avergüenzo de mi vejez, al ir a bailar con la cabeza coronada de yedra? Es que el dios no ha hecho distinción sobre si debe bailar el joven o el viejo; sino que quiere recibir sus honores de todos en común y desea que se le dé culto sin diferencia de clases. [210]

CADMO. — Como tú, Tiresias, no ves esta luz del día, yo seré para ti un intérprete con mis palabras. Éste de ahí que ahora avanza con precipitación hacia el palacio es Penteo, el hijo de Equión, a quien he entregado el poder del país. ¡Qué sofocado está! ¿Qué novedad va a contar ahora?

PENTEÓ. — Me encontraba ausente de este país, y ahora me entero de los males recientes que agitan esta ciudad. De que nuestras mujeres han abandonado sus hogares por fingidas fiestas báquicas, y corretean por los bosques sombríos, glorificando con sus danzas a una divinidad de hace poco, a Dioniso, quienquiera que sea. [220]

¡Llenas de vino están en medio de sus reuniones místicas las jarras; y cada una por su lado se desliza en la soledad para servir a sus amantes en el lecho, con el pretexto de que son, sí, ménades dedicadas a su culto! Pero anteponen Afrodita a Baco.

A todas las que he logrado atrapar, con las manos atadas las custodian mis guardias en la cárcel pública. A las que faltan las cazaré por el monte; a Ino, a Agave, que me dio a luz de mi padre Equión, y a la madre de Acteón, es decir a Autónoe. [230] Y aprisionándolas en mis férreas redes, concluiré con esta escandalosa bacanal en seguida.

Dicen que ha venido un cierto extranjero, un mago, un encantador, del país de Lidia, que lleva una melena larga y perfumada de bucles rubios, de rostro lascivo, con los atractivos de Afrodita en sus ojos. ¡Y éste anda de día y de noche fascinando a nuestras jóvenes con los ritos místéricos del evohé! [240] Si logro prenderle bajo este techo, le haré cesar de golpear con el tirso y de sacudir su cabellera, ¡porque le separaré el cuello del cuerpo de un tajo! Ése afirma que es el dios Dioniso, ése que estuvo zurcido en un muslo de Zeus, que fue consumido en los fulgores del rayo, junto con su madre, por haber mentido unas bodas con Zeus. ¿Es que esto no es el colmo, y no merece la horca por propalar esas blasfemias, quienquiera que sea ese extranjero?

(Penteo se da cuenta ahora de la vestimenta de los dos ancianos.)

¡Pero esto es otro milagro! Veo al augur Tiresias o con las moteadas pieles de corzo, y al padre de mi madre —¡qué gran ridículo!—, que van de bacantes con su tirso. [250] Me resisto, abuelo, a contemplar vuestra vejez tan falta de sentido común. ¿No vas a quitarte la yedra, no dejarás tu mano libre del tirso tú, padre de mi madre? ¡Tú le has convencido de esto, Tiresias! Sin duda pretendes introducir entre los hombres a este dios reciente para observar sus augurios y... sacar de los sacrificios tus honorarios.

Si no te protegiera tu canosa vejez, ya estarías echado en medio de las bacantes, encadenado, [260] por introducir estos cultos perversos. Porque a las mujeres, en cuanto en un banquete festivo se les da el brillante fruto de la vid, ya no puedo pensar nada limpio de tales ceremonias.

CORIFEÓ. — ¿No respetas, extranjero, los fundamentos de la Piedad, ni a Cadmo el que sembró la cosecha de los hijos de la tierra? ¿Tú, que eres hijo de Equión, ultrajas a tu familia?

TIRESIAS. — Cuando un hombre sabio encuentra un buen asidero a su discurso, no es muy difícil que hable bien. Pero tú tienes una lengua de rápido rodaje y en tus palabras no tienes ninguna sensatez. [270] Un hombre audaz, con fuerza y capacidad de palabra resulta un ciudadano funesto, cuando le falta la razón.

Ese dios, ese «reciente», del que tú haces burla, no podría yo definir bien su grandeza, cuán grande será por toda Grecia. Porque —¿sabes, joven?— dos son los principios fundamentales para la humanidad: la diosa Deméter —que es la Tierra, llámala con el nombre que quieras de los dos—, ella sustenta a los mortales con los alimentos secos; y el que luego viene, con equilibrado poder, el hijo de Sémele. Inventó la bebida fluyente del racimo y se la aportó a los humanos. [280] Ésta calma el pesar de los apurados mortales

[...]

PENTEIO. — Habla, que ante mí quedarás totalmente sin culpa. No hay que irritarse contra quienes cumplen con su deber. Cuanto más terribles hechos referas de las bacantes, tanto mayor será la pena que le aplicaremos a éste; que instigó con sus artilugios a las mujeres.

MENSAJERO. — Acababa de remontar por una cima los rebaños de vacas, al tiempo que el sol lanza sus rayos a caldear la tierra. [680] Y veo agrupadas en cortejos tres coros de mujeres. De uno de ellos estaba al frente Autónoe, del segundo mandaba tu madre, Agave, y del tercero Ino. Dormían todas, tumbadas en actitud descuidada; unas reclinaban su espalda sobre el ramaje de un abeto, y otras habían echado su cabeza sobre las hojas de encina en el suelo. Reclinadas al azar en actitud decorosa, y no, como tú dices, embriagadas por el vino y el bullicio de la flauta de loto, retiradas a la soledad para perseguir en el bosque el placer de Cipris.

Apenas oyó los mugidos de mis cornudas vacas, tu madre se alzó en pie y dio un agudo grito en medio de las bacantes para ahuyentar el sueño de su cuerpo. [690] Ellas se pusieron de pie en un brinco, rechazando el fragante sueño de sus ojos — ¡qué maravilla de orden su aspecto! —, jóvenes y viejas y doncellas indómitas aún. Su primer gesto fue soltarse la cabellera sobre los hombros, y reajustarse las pieles de corzo aquellas a las que se les habían aflojado las ataduras de sus vestidos; y se ciñeron las moteadas pieles con serpientes, que lamían sus mejillas.

Otras llevaban en sus brazos un cervatillo o lobeznos salvajes, y les daban su blanca leche todas aquellas que de un reciente parto tenían aún el pecho rebosante y habían abandonado a sus recién nacidos. [700] Se pusieron encima coronas de yedra, de roble y de florida brionia. Una tomó su tirso y golpeó sobre una roca, de donde empieza a brotar, como de rocío, un chorro de agua. Otra hincó la caña en el suelo del terreno y allí el dios hizo surgir una fuente. Todas las que deseaban la blanca bebida, apenas escarbaban la hierba con las puntas de sus dedos, obtenían manantiales de leche. [710] Y de los tirsos cubiertos de yedra destilaban dulces surcos de miel. De modo que, si hubieras estado allí, habrías ido con oraciones al encuentro del dios al que ahora censuras, a la vista de esto.

Nos reunimos boyeros y pastores para discutir unos con otros en común charla sobre los prodigios que hacían, tan milagrosos. Entonces uno que viaja a la ciudad y es experto en discursos dijo ante todos: «¿Moradores de las venerables altiplanicies, queréis que demos caza a Agave, la madre de Penteo, [720] en medio de estos cultos báquicos, y nos ganemos así el agradecimiento del rey?». Nos pareció que decía bien, y nos emboscamos ocultándonos entre el follaje de los arbustos.

Ellas, en el momento indicado, agitaban su tirso en las ceremonias báquicas, mientras invocaban con voz unánime a Íaco, a Bromio, el hijo de Zeus. El monte entero y sus animales salvajes celebraban con ellas la fiesta báquica, y nada había inmóvil a su raudito paso. Agave pasa brincando cerca de mí. Entonces yo doy o un salto con la intención de atraparla, desde los matorrales donde no habíamos ocultado. [730] Pero ella alzó su grito: «¡Ah, perras mías corredoras! ¡Nos quieren cazar estos hombres! ¡Seguidme ahora, seguidme armadas con los tirsos en vuestras manos!».

En fuga nos escapamos nosotros del descuartizamiento por las bacantes. Pero ellas atacaron, con sus manos, sin armas férreas, a nuestras terneras que pastaban la yerba. Allí hubieras podido ver a una que tenía en sus manos una ternera de buenas ubres, mugiente, rasgada en canal. Y otras transportaban novillas a trozos descuartizadas. [740] Se podía ver un costillar o una pata con pezuña arrojada por lo alto y lo bajo. Los rojos pingajos colgaban sobre las ramas bajas de los abetos y goteaban sangre. Los toros feroces, con toda la furia en sus cuernos, se dejaban derribar de frente a tierra, arrastrados por mil manos de muchachas. Los trozos de carne pasaban de mano en mano más rápidos de lo que podrías captar con tus regias pupilas.

Y se ponen en marcha como pájaros que en veloz carrera avanzan sobre las extensas llanuras que en las márgenes del Asopo producen la buena cosecha de cereales a los tebanos. [750] Sobre Hisias y Eritras, pobladas al pie de la ladera del Citerón, irrumpen como enemigas y todo lo destrozan arriba y abajo. ¡Arrebatan de las casas a los niños! Y todo lo que se echaban sobre los hombros se mantenía allí sin ninguna atadura; y no caía al negro suelo, ni el bronce ni el hierro. Sobre sus bucles ardía fuego, y no las quemaba.

Los de allí corrían a las armas, en arrebatos de cólera, ante el asalto de las bacantes. [760] ¡Entonces sí que fue terrible el espectáculo, señor! Mientras las arrojadas lanzas no causaban sangre, ellas les tiraban los tirsos que llevaban, y los herían y los ponían en fuga, las mujeres a los hombres. No les faltaba la ayuda de algún dios.

De nuevo se retiraron a los lugares de donde habían comenzado su marcha, hacia las fuentes aquellas que en su favor hizo nacer un dios. Se lavaron la sangre. Las serpientes con su lengua lamían el gotear de sus mejillas y daban esplendor a su piel.

A ese dios, pues, quienquiera que sea, ¡oh soberano!, acéptalo en esta ciudad. [770] Que en lo demás es ya grande, y además dicen de él que hizo a los mortales el don de la vid, remedio del pesar. Porque en la ausencia del vino no queda ni amor ni ningún otro goce para los hombres.

CORIFEIO. — Temo expresar mis razonamientos libres ante el tirano, pero a pesar de todo voy a decidirlo: Dioniso no es, desde su nacimiento, inferior a ningún dios.

PENTEIO. — Ya se propaga, como un fuego, aquí cerca el frenesí de las bacantes. ¡Gran afrenta para Grecia! Así que no hay que vacilar. [780] Marcha y ve a la puerta Electra. Ordena que se apresten todos los portadores de escudos pesados, y los jinetes de la caballería ligera, y los que blanden la rodela y los que en su mano tensan los nervios del arco, para marchar en campaña contra las bacantes. Ningún mal puede superar a éste, si vamos a sufrir lo que sufrimos de las bacantes.

[...]

CORO. — *¿Cuéntame, dime, de qué suerte ha muerto el hombre injusto, el procurador de la injusticia?*

MENSAJERO. — Después de dejar a nuestras espaldas las casas de esta tierra de Tebas y de pasar más allá del curso del Asopo, entramos por la falda del Citerón Penteo y yo —que iba acompañando a mi señor— y el extranjero que era el guía de nuestra expedición. [1050] Conque primero alcanzamos un herboso valle; íbamos ya guardando silencio de pies y de lengua, para ver sin ser vistos. Era un recodo entre cumbres, regadas por arroyos umbrosos entre los pinos, donde las ménades estaban sentadas con las manos ocupadas en placenteras faenas. Unas, pues, cubrían de nuevo con coronas de yedra y el tirso que había perdido la cabellera de hojas. Otras, como potrillas desuncidas de sus pintados yugos, cantaban, en alternancia de unas y

otras, una báquica canción. Penteo, el desdichado, que no veía el tropel de mujeres dijo: «Extranjero, desde donde nos hemos apostado, no consigo ver con mis ojos a esas bastardas ménades. [1060] Pero si me subiera a un picacho o a un árbol de alto cuello, seguramente vería bien la vergonzosa actitud de las ménades». A continuación veo, al punto, el milagro del extranjero: Es que agarró una rama muy alta de un abeto en pleno cielo, y la hacía bajar, la bajaba, bajaba hasta el negro suelo. Y el árbol se curvaba como el arco o un mástil flexible que se tensa por el cable que se enrosca en su torno. Así el extranjero atraía en sus manos al tronco agreste y lo doblaba hasta el suelo, en una acción imposible a un mortal. [1070]

Y después de encaramar a Penteo sobre las ramas del abeto, dejaba eruirse entre sus manos el tronco hacia lo alto, poco a poco, cuidando de no desazonar a Penteo. Y el árbol se quedó firme, enhiesto hacia el enhiesto cielo, llevando sobre su lomo sentado a mi señor.

Que fue visto más que vio a las ménades. Pero aún no era visible sentado en lo alto, cuando ya no estaba a mi vista el extranjero. Entonces, desde lo profundo del cielo una voz —al parecer de Dioniso— dio un grito: [1080] «¡Ah, jóvenes mujeres, os traigo al que intenta burlarse de vosotras y de mis ritos! ¡Castigadle ahora en venganza!»

Y al tiempo que esto clamaba, en el cielo y en la tierra prendía el fulgor de un divino fuego. Quedó en silencio el aire, y en silencio el valle boscoso retenía su follaje, y ni siquiera se oía el gruñir de las bestias. Las mujeres, que en sus oídos habían recibido la voz sin claridad, se pusieron en pie y agitaron alerta sus cabezas. Aquél dio de nuevo su orden. [1090] Y en cuanto conocieron claramente la incitación de Baco, las hijas de Cadmo lanzáronse, tan veloces como las palomas, precipitando sus pies en unánime carrera, su madre Agave, las hermanas de ésta, y todas las bacantes. A saltos traspasaron los torrentes del valle, y escalaban las escarpadas peñas enloquecidas por los influjos del dios.

En cuanto divisaron a mi señor sentado en el abeto, comenzaron a tirarle piedras arrojadas con toda su fuerza, subiéndose a una roca que se levantaba enfrente como una torre, y le alcanceaban con ramas de abeto. [1100]

Otras lanzaron por el aire sus tiros contra Penteo, blanco desgraciado. Pero no lo alcanzaban. Pues en su altura por encima del furioso ataque quedaba el infeliz, agobiado por la angustia. Al final, apoderándose de ramas de encina, desgarraban las raíces del árbol, con estas palancas sin hierro. Pero, como no conseguían éxito con sus fatigas, dijo Ágave: «Venga, rodead en círculo el tronco, y arrancáldo, ménades, para que atrapemos a la fiera encaramada, que no pueda divulgar las secretas danzas en honor del dios». [1110] Ellas incontables manos aplicaron al tronco del abeto y lo desgajaron del suelo. Penteo que se sentaba en lo alto, cae desde la altura, derribado por tierra entre incontables gemidos. Porque comprendía que estaba cercano a su perdición.

Su madre fue la primera en iniciar, como sacerdotisa, el sacrificio, y se echa encima de él. Penteo se arrancó la diadema del cabello para que le conociera y no lo matara la infeliz Ágave. Al mismo tiempo decía, acariciando su mejilla:

«¡Soy yo, madre mía, yo, tu hijo! ¡Penteo, al que diste a luz en la morada de Equión! [1120] ¡Ten piedad de mí, madre, y no vayas a matar, por culpa de mis errores, a tu propio hijo!»

Pero ella echaba espuma de la boca y revolvió sus pupilas en pleno desvarío, sin pensar lo que hay que pensar. Estaba poseída por Baco, y no atendía a Penteo. Cogiendo con sus dos manos el brazo izquierdo, y apoyando el pie en los costados del desgraciado, le desgarró y arrancó el hombro, no con su fuerza propia, sino porque el dios había dado destreza a sus manos.

Luego Ino completaba el resto de la acción, desgarrando su carne, mientras se le echaba encima Autónoe y toda la turba de bacantes. [1130] Había un griterío total; a la vez él, que gemía de dolor con todo lo que le quedaba de vida, y ellas con sus gritos de triunfo. Arrancaba una un brazo, otra un pie con su calzado de caza, mientras en el descuartizamiento quedaban al desnudo sus costillas. Y todas, con las manos teñidas de sangre, se pasaban una a otra como una pelota la carne de Penteo.

Ha quedado esparcido su cuerpo; un trozo al pie de las peñas abruptas y otro entre el follaje denso de la enramada del bosque. No será fácil de encontrar. Y su triste cabeza, que ha tomado su madre en las manos, después de hincarla en la punta de un tirso la lleva como si fuera la de un león salvaje, en medio del Citerón. [1140] Ha abandonado a sus hermanas junto con los coros de las ménades, y viene ufana de su infausta presa hacia el interior de este recinto, invocando a Baco, como «compañero de montería», «coautor de la caza», «el de la bella victoria». Ella, a la que dejará el dios como corona de victoria lágrimas.